



Cuando Charlie Parker llega el 15 de mayo de 1953 a Toronto, ya ha vivido casi toda su vida. Él no lo sabe -tal vez lo intuya con esa fatal clarividencia que imaginamos en los genios- pero sólo le restan dos años por vivir (y serán los peores: un vertiginoso declive acelerado por la muerte de su hija Pree). El siguiente relato está basado en el libro *Quintet of the Year*, de Geoffrey Haydon ⁽¹⁾.

the massey hall concert

Para producir belleza, debemos sufrir dolor
Charlie Parker

Reunir al quinteto del año

En 1953 Charlie Parker estaba en la cumbre de sus posibilidades artísticas, pero en un lamentable estado de salud. Además, le costaba ganar el dinero que necesitaba. Por ello a veces impartía clases de saxofón en los estudios Harnett Music en Broadway. Fue allí donde, un domingo de enero, cuatro jóvenes de la New Jazz Society of Toronto le abordaron para convencerle de que tocara, junto a coetáneos como Gillespie o Roach, en su First Annual Festival of Creative Jazz. Los argumentos que convencieron a *Bird* no fueron de índole precisamente musical o cultural: 200 dólares más un porcentaje de los beneficios por un solo concierto. Firmaron el contrato allí mismo.

Animados por el éxito de la primera negociación, los jóvenes entusiastas fueron a por Gillespie, de quien era pertinente esperar una acogida al menos tan efusiva y sonriente como la de *Bird*. Se encontraron en cambio con un severo y eficiente hombre de negocios que no cerró el trato hasta que no le fueron ofrecidos 450 dólares.

No fue Gillespie sin embargo el más caro. Pagaron más para hacerse con los servicios de Bud Powell. A pesar de que su intención principal era contratar como pianista a Lennie Tristano, que no se hallaba disponible, no tuvieron problema en desembolsar 500 dólares para llevarse a Canadá a Bud Powell. Se los pagaron a Oscar Goodstein, responsable legal de la custodia de Powell, que había sido arrestado por posesión de marihuana y (mal)tratado en varios hospitales psiquiátricos con las sutilezas de los electroshocks. Nunca sabremos cuántos de esos dólares llegaron a los bolsillos de Bud Powell.

El caso de Max Roach y Charles Mingus fue diferente. Cobraron tan sólo 150 dólares cada uno, pero les preocupaba menos el beneficio económico directo del concierto que las maniobras comerciales que pudieran realizar con su grabación. Después de todo, ellos eran los dueños de Debut Records, y el concierto de semejante quinteto era una oportunidad discográfica única. Los jóvenes que visitaron a Roach quedaron impresionados con su carácter distante y encantador al mismo tiempo. Max comprobó educadamente sus credenciales y entonces dijo que sí, que se uniría encantado a Parker y a los otros para el concierto del Massey Hall. Entonces le pidieron consejo sobre quién debería ser el bajista y él respondió, cómo no, que debía ser su socio empresarial Charles Mingus. Poco después, Mingus y Roach se aseguraron de que los empleados del Massey Hall pusieran allí, a su disposición, un grabador de la marca Ampex.

Una vez compuesto el quinteto se estableció un contrato entre el conjunto de los músicos y la New Jazz Society of Toronto que incluía una cláusula que permitía a cualquiera de las partes rescindirlo unilateralmente siempre que lo hiciesen antes del 1 de mayo, dos semanas antes del concierto. A partir de esa fecha, ambas partes quedaban obligadas a cumplir lo que hubiesen firmado.

A pesar de que la New Jazz Society, ya desde enero, había escogido cuidadosamente el día 15 de mayo, por ser una fecha libre de atracciones que pudiesen rivalizar con el concierto, la mala suerte quiso que el combate entre Jersey Joe Walcott y Rocky Marciano, programado inicialmente para el mes de abril, fuese pospuesto hasta el mismo 15 de mayo, y retransmitido en directo por televisión en toda Norteamérica, incluido Canadá. Por otra parte, la promoción del concierto había sido muy tímida de cara al



“

Gillespie aceptó
perder el avión
para encargarse
de ir a buscar a
Bird y llevarlo
luego a Canadá.
Horas más tarde
aparecería Dizzy
en Toronto con-
tando que había
acompañado a
Parker hasta el
aeropuerto, pero
que había vuelto
a perderlo...

”

público: con escandalosa ingenuidad, los promotores habían contratado un modesto espacio en la prensa local para anunciar el evento. Años más tarde, Alan Scharf, uno de los responsables, reconocía que “el marketing era algo sobre lo que no teníamos ni idea”, aunque ciertamente hubiesen podido suplir la carencia con un leve ejercicio de sentido común...

Entre una cosa y otra, llega el primero de mayo y el dinero recaudado con las entradas vendidas no cubría siquiera los gastos básicos. Debían decidir inmediatamente si suspender el concierto en vista del escaso éxito en taquilla o seguir adelante, y arreglárselas más tarde de cualquier manera. La razón que les hizo optar por ignorar los problemas y mantener el proyecto es sin duda propia de los que aman la música en serio, y el aplauso que merece su decisión se prolonga hasta nuestros días: pensaron, probablemente con acierto, que nunca más volvería a producirse semejante reunión de talentos en un mismo escenario.

De momento, el tiempo lleva más de medio siglo dándoles la razón. Cosa casi impensable en nuestros días, estos jóvenes, dotados con la cantidad exactamente necesaria de candidez, temeridad y entusiasmo, se metieron en lo que parecía un-buen-lío, demostrando cuál era el único beneficio que esperaban obtener de este negocio. Un beneficio que deseaban compartir con el mundo y con el futuro.

Y, sí, en un plano más terrenal, era un buen lío, porque el contrato estipulaba que los músicos, aparte de su tarifa inicial, debían percibir un porcentaje de los beneficios del concierto. Se diría que traicionaron un compromiso menor en favor de uno más trascendente... lo difícil era explicarle esto a un tipo como *Bird*, en aquel momento mucho más interesado en el cobro inmediato que en la trascendencia artística.

Esperando a Bird

Es de suponer que a nadie extrañase demasiado la ausencia de Charlie Parker en el aeropuerto, en el momento en que el grupo debía tomar el avión hacia Toronto. Capaz de ausencias inverosímiles, de traicionar el compromiso más serio, Parker causaba más asombro cuando aparecía puntualmente en donde se le esperaba que cuando faltaba. Gillespie, a quien podemos imaginar suspirando entre la irritación y la resignación, aceptó perder el avión para encargarse de ir a buscar a *Bird* y llevarlo luego a Canadá. Horas más tarde aparecería Dizzy en Toronto contando que había acompañado a Parker hasta el aeropuerto, pero que había vuelto a perderlo... informó a la New Jazz Society de que tal vez tenían un problema.

En el hotel Park Plaza, en el que debían hospedarse los músicos, Alan Scharf y Boyd Raeburn, miembros de la organización promotora, recibieron a Bud Powell, que les suplicó algo de dinero en efectivo. Ellos le dieron 60 centavos y vieron como se adentraba en el bar. Luego llegó Mingus preguntando alarmado por Powell. “¿Habéis visto a Bud? ¿le habéis dado dinero? ¿cuánto exactamente?” y se fue a buscarlo al bar. Cuenta Scharf que durante las horas siguientes, previas al concierto, Bud Powell anduvo en una especie de trance que le mantenía “con los ojos girados hacia arriba, mostrando sólo la parte blanca”. En la habitación de Max Roach, algunos de los músicos estaban reunidos con un grupo de admiradores. Alguien entonces preguntó quién había compuesto *Lullaby of Birdland*; Powell -descendiendo por un segundo de las misteriosas alturas en las que flotaba-, respondió “George Shearing” y volvió a poner los ojos en blanco...según asegura Alan Scharf, el pianista no estaba drogado, ni siquiera un poco borracho.

el mejor quinteto de la historia



“

Nadie supo nada
de Parker hasta
que a las 20:30,
tal y como esti-
pulaba el con-
trato, apareció
por la entrada del
escenario, cal-
mado y elegante,
preguntando con
su falso y depu-
rado acento bri-
tánico por Dick
Wattam (presi-
dente de la New
Jazz Society)

► Nadie supo nada de Parker hasta que a las 20:30, tal y como estipulaba el contrato, apareció por la entrada del escenario, calmado y elegante, preguntando con su falso y depurado acento británico por Dick Wattam (presidente de la New Jazz Society). Wattam recuerda a un Parker “que estaba de buen humor y sobrio como un juez”. *Bird* le pidió algo de beber y Dick le llevó al Silver Rail, un bar al otro lado de la calle en el que Parker se bebió un triple whisky escocés de un solo trago: “Dick, estoy listo”.

Comienza el espectáculo

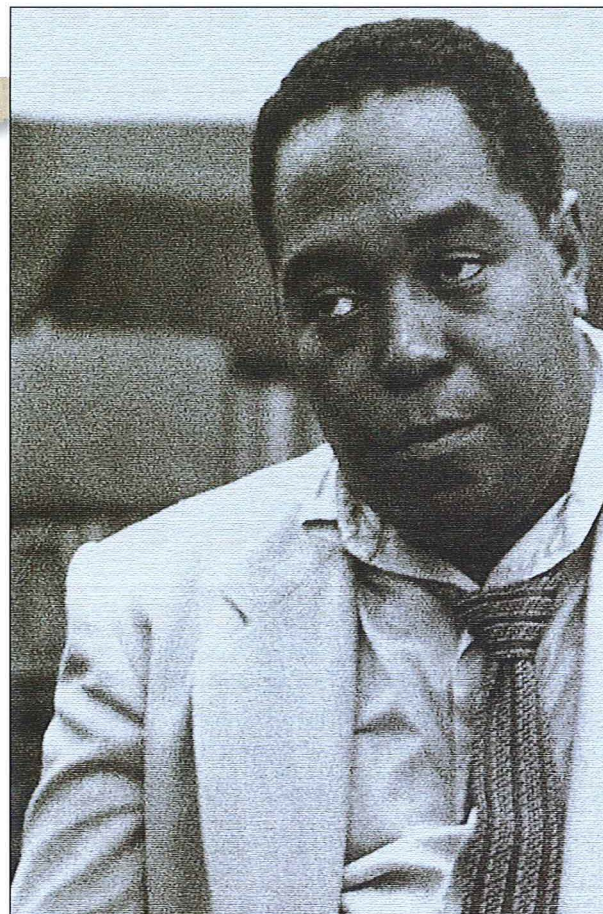
En el momento en que los cinco músicos debían salir al escenario, Dizzy Gillespie aún roía el hueso de una chuleta mientras charlaba con algunas admiradoras locales. El quinteto nunca había ensayado, era la primera vez que iban a tocar juntos y ni siquiera habían acordado cuáles eran las piezas que iban a interpretar. Según recuerda Max Roach, el programa del concierto iba dictándose sobre la marcha. Durante algunos de los solos de Powell, pueden escucharse vagamente las voces de Parker y Gillespie, probablemente diseñando sus próximas ejecuciones conjuntas.

No hay ninguna razón para dejar de admitir que al concierto se le ven los flecos, las hilachas, que no todo es perfecto. El ímpetu del directo y la libertad que se tomaron crean algunas imprecisiones, pero no hay en la grabación un solo gramo de torpeza; acaso dos frases geniales que no acaban de conectar, dos discursos brillantes que tropiezan un poco antes de cederse el paso.

Por supuesto, esta comprensible desorganización formal no se percibe como defectuosa. Es más, quien ideó el concierto del Massey Hall no quería la precisión orquestada de una big band, sino más bien la colisión de cinco energías poderosas y todas las maravillosas fricciones musicales que derivaran de ella. El resultado es una joya sin pulir, que exhibe la belleza brutal de lo que es aún puro y auténtico.

”

Tras apenas 25 minutos de música, el quinteto abandonaba la escena para descansar, y si se daban prisa, los aficionados al boxeo podían cruzar la calle y ver el comienzo del combate. Los que no se dieron prisa no pudieron ver como Rocky Marciano noqueaba a Jersey Joe Walcott durante el primer asalto. Gillespie era seguidor de Walcott, y se lo tomó mal. Encima



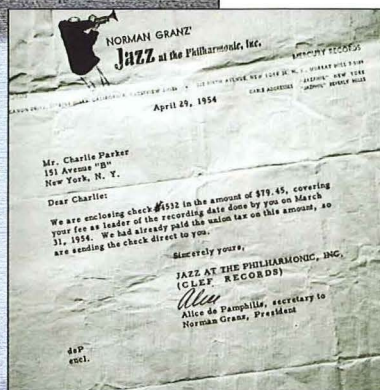
tuvo que soportar a un Mingus irritado, que no paraba de quejarse de que se sentía poco integrado en el grupo, y de que no dejaban suficiente espacio para sus solos. Por debajo de esas quejas latía probablemente la preocupación por la calidad de la música que estaban grabando, por el juicio de la posteridad.

Después del primer descanso del concierto vuelve a escena Max Roach en solitario y ejecuta un solo de batería que pasaría a la historia como *Drum Conversation*. Luego se le unen Mingus y Powell y tocan varias piezas en trío, antes de que vuelvan a escena Parker y Gillespie, sobre cuya ausencia ya era imposible contener rumores morbosos. Con los años, este material grabado en trío se editaría por separado, como una actuación del Bud Powell Trío ⁽²⁾.

Las últimas tres piezas del quinteto son maravillosas, enérgicas, originales. El aplauso del escaso público sonó como el de un público numeroso, y sobre todo, satisfecho, exultante y agradecido.

Misión cumplida...¿Dónde hay que cobrar?

Veinte minutos después del concierto Parker estaba sudado, relajado, fumando un cigarrillo. Alan Scharf le sacó una foto y Parker le preguntó si había algún lugar en Toronto donde pudiesen seguir tocando. Pero no lo había.



Charlie Parker, en las sesiones para Verve, en 1953. Arriba, carta de pago de Clef Records.

Poco después, los músicos fueron llamados por Dick Wattam al sótano del auditorio, donde se les anunció que los beneficios del concierto no eran suficientes para pagarles lo que se les debía. Parker protestó, aludiendo a sus responsabilidades como padre y esposo. Esperando calmar la situación, Wattam les dijo que no deberían preocuparse por el dinero, puesto que la grabación del concierto valdría miles de dólares. Parker protestó de nuevo, pues tenía un contrato discográfico en exclusiva con Norman Granz, que no le permitía participar en otras grabaciones. Wattam no pudo hacer otra cosa que ofrecer un dudoso cheque a cada uno. Con todo, Max Roach recuerda a Wattam con cariño, a pesar del fallo financiero. Lo recuerda como un amante de la música que hizo aquello lo mejor que pudo.

El único que con seguridad hizo efectivo aquel cheque fue Charlie Parker: el amable dueño de una tienda local de discos era un ferviente admirador suyo, que no dudó en hacerle efectivo el cheque, con su propio dinero. Parker, agradecido, accedió a firmar todos los ejemplares de la tienda. El hombre de la tienda enmarcó el cheque y lo colgó en la pared. Y todos contentos. Esto no impidió que al año siguiente Parker volviese a reclamar a Dick

Wattam el dinero que aún creía que se le debía por el concierto.

Charles Mingus y la grabación

El no haber cobrado hizo sentir a Mingus en posesión de un derecho legítimo e incontestable sobre la grabación del concierto. Un joven aficionado de la New Jazz Society le hizo una amable pregunta sobre las cintas y el respondió agresivamente: "Son mías, blanquito". Y ahora quería escucharlas. El bueno de Dick Wattam le llevó a una emisora de radio local, en la que había un reproductor. Mingus quedó agriamente decepcionado con el resultado. Además, su bajo era casi inaudible. Su ira creció y se extendió, rehusó el cheque y dijo furiosamente que sólo aceptaría dinero en efectivo. El joven Boyd Raeburn, uno de los promotores, le pagó de su bolsillo.

Una vez Roach y Mingus ofrecieron a Norman Granz la posibilidad de comprar las cintas, por unos 100.000 dólares. Norman pidió que se las prestaran para escucharlas y Mingus, suspicaz, se negó rotundamente. En otoño de 1953 Debut Records, la compañía de Max Roach y Charles Mingus, empezó a editarlas. De acuerdo con la portada del disco, el nombre del saxofonista era Charlie Chan, un pseudónimo de Parker que no engañaba a nadie, pero evitaba problemas legales con el contrato en exclusiva que le unía a Norman Granz. Antes de editarlas, Mingus se ocupó de corregir el sonido de su bajo, añadiendo desde el estudio una segunda línea y mezclándola con la grabación, sentando un temprano precedente de la posteriormente extendida técnica del "overdubbing".

La vuelta a casa...

Un breve párrafo del libro *Quintet of the Year* de Geoffrey Haydon, resume lo que sería de Parker de ahí en adelante: "Cuando Charlie Parker regresó de Toronto a Nueva York en mayo de 1953 tenía 32 años y le quedaban apenas dos por vivir. Sólo habría una brizna de música sublime antes de que su creador se viese envuelto en enfermedad y calamidad".

Notas

(1) Haydon, Geoffrey: *Quintet of the Year* (Aurum Press, Londres 2002)

(2) *Jazz at Massey Hall. The Amazing Bud Powell Trio Vol. Two* (Debut Records)